



Ambivert Lucía: La niña que tenía miedo a ser diferente

Winning Essay of the 2016 TLN-Telelatino Essay Prize
by

Yuriko Matayoshi Franco

York University

TLN-Telelatino Essay Prize

December 2016

TLN – Telelatino PRIZEWINNING ESSAYS

The TLN – Telelatino Prizewinning Essays are essays selected annually by a special awards committee composed of CERLAC Fellows. The awards committee does not suggest any editorial changes, and prize winning essays may be slated for publication elsewhere. All responsibility for views and analysis lies with the author.

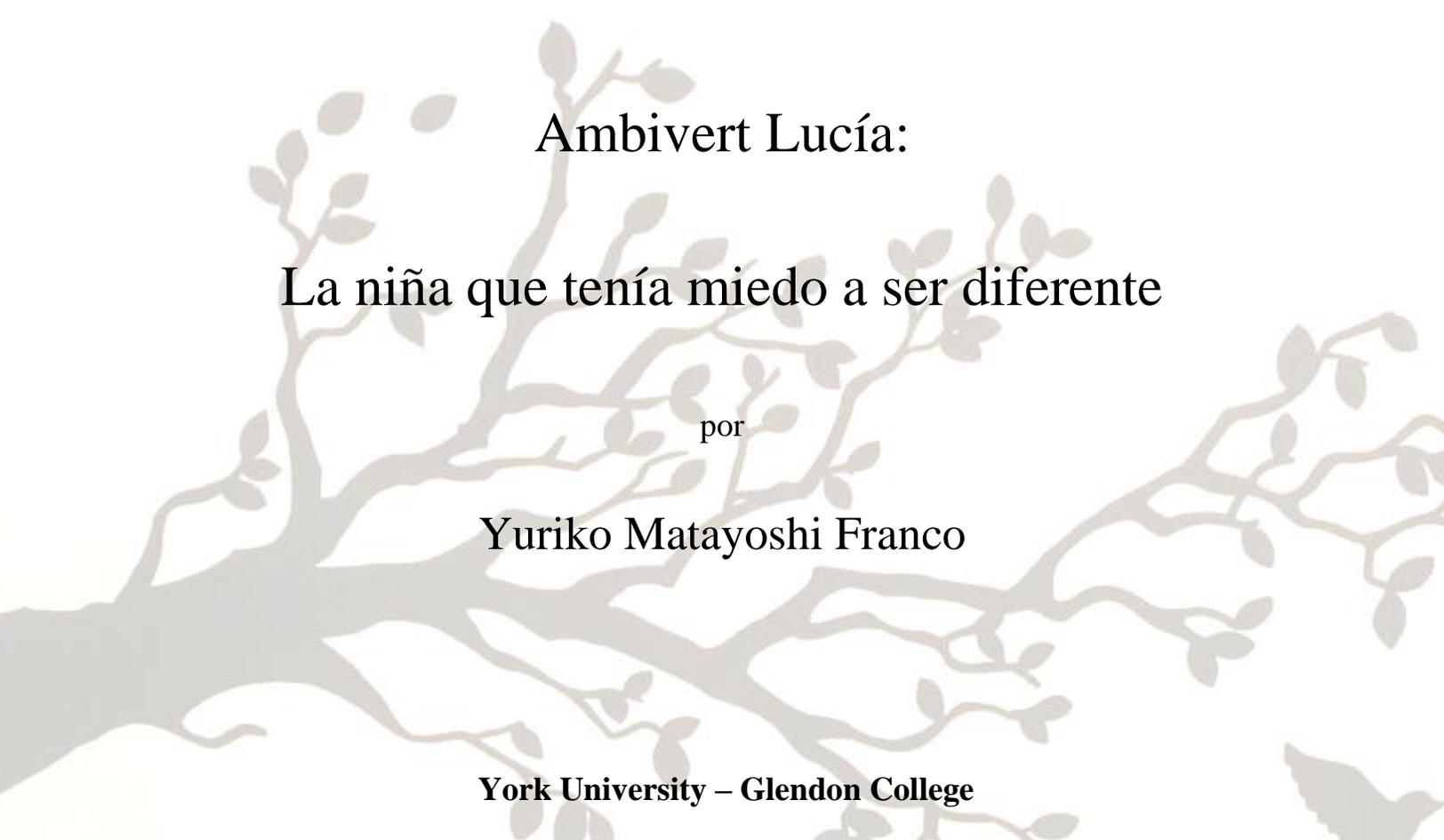
The TLN Telelatino Award is awarded annually to York undergraduate and graduate students to recognize exceptional work in any area of study on the experiences of the Latin America diaspora. Both essay prizes are worth \$1,000. The competition was established through a donation by TLN - Telelatino, a Canadian television channel that broadcasts programs of interest to the Hispanic and Italian communities.

Reproduction:

All rights reserved to the author(s). Reproduction in whole or in part of this work is allowed for research and education purposes as long as no fee is charged beyond shipping, handling, and reproduction costs. Reproduction for commercial purposes is not allowed.

CERLAC
8th Floor, York Research Tower
4700 Keele Street
York University
Toronto, Ontario
Canada M3J 1P3

Phone: (416) 736-5237
Email: cerlac@yorku.ca



Ambivert Lucía:
La niña que tenía miedo a ser diferente

por

Yuriko Matayoshi Franco

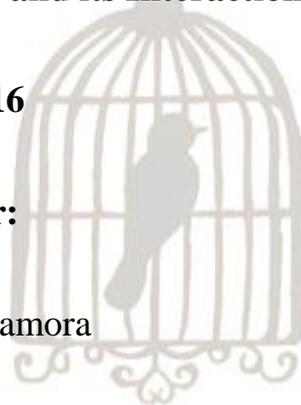
York University – Glendon College

GL/SP 4701 - Hispanic Cultural Heritage and its Interactions in the GTA

Winter 2016

Instructor:

Dr. Alejandro Zamora



A propósito de este trabajo

Esta es la narrativa de vida de un descendiente directo de inmigrante latinoamericano en la región de Toronto (GTA). Es el resultado final de un proyecto realizado a lo largo del curso GL/SP 4701 3.0 Hispanic Cultural Heritage and its Interactions in the GTA. El curso forma parte del currículo del programa de Estudios Hispánicos de Glendon College. Su objetivo principal era estudiar, a partir de la historia personal de un inmigrante hispano o de un descendiente de inmigrante hispano, cómo distintas tradiciones culturales intervienen en la experiencia del complejo proceso de inmigración: cómo un individuo las negocia, las resiste, las transforma, las aprovecha o las sufre. Un objetivo importante de este estudio era también tomar conciencia de la multiplicidad de significados culturales que entran en juego en el día a día de un inmigrante hispano o de un descendiente de éste.

El curso estuvo estructurado en cuatro etapas:

1. Preparación teórica y metodología básica para el trabajo etnográfico.
2. Entrevistas y trabajo con un participante seleccionado por cada estudiante.
3. Reflexión y análisis de los datos obtenidos a partir de un enfoque o teoría de interés para el estudiante (identidad, género, infancia, valores, educación, etc.).
4. Redacción de la historia de vida

Las reflexiones y análisis son la materia de la “Introducción” de este trabajo. Lo que sigue es la narrativa de vida: un relato que busca plasmar lo más significativo de la experiencia de inmigración en GTA del participante. Este ejercicio animaba a los estudiantes a hacer también una suerte de auto-etnografía: una reflexión sobre su propia experiencia cultural en Toronto, en diálogo con la información obtenida por su informante. Esto tenía la doble intención de estimular una empatía con el informante y a la vez de cuestionar presuposiciones (etnocentrismos, etc.) propias. Por este motivo, algunos estudiantes se hacen presentes en el relato, y hacen a la vez presente el diálogo y la relación que fueron estableciendo con su informante.

El trabajo fue expuesto ante la clase de manera individual y presentado de manera escrita algunas semanas más tarde. El producto final y las diferentes etapas de su elaboración tuvieron un valor del 80 % de la nota final del curso.

1. INTRODUCCIÓN

Esta narrativa de vida se hizo a partir de un trabajo etnográfico que consistió en dos entrevistas de aproximadamente tres horas cada una, realizadas en un restaurante y en The Toronto Reference Library, respectivamente. Además, se realizó un intercambio de mensajes de textos y de correos electrónicos en un lapso aproximado de dos meses y medio. Como parte del ejercicio auto-etnográfico de auto-cuestionamiento cultural, yo me introduzco a mí misma en la narrativa, tomando en cuenta la información obtenida en las entrevistas y reflexiono sobre mis propias experiencias. En dicha narrativa se explora cómo se ve afectada la construcción de la identidad de un individuo que vive entre dos culturas y entre dos lenguas diferentes. La historia es sobre Lucía*: una chica de 16 años, hija de un matrimonio mixto (de padre canadiense y de madre ecuatoriana), nacida en Toronto y sobre cómo ella vive entre las dos culturas que convergen en ella.

Según el filósofo Michel Foucault, el sujeto es una construcción social. Es decir, es una producción de su contexto, de su cultura y del poder al que está subordinado. Consecuentemente, Foucault, se opone a las teorías que afirman que el individuo es libre y autónomo. En su libro “Subjectivity: Theories of the self from Freud to Haraway”, Nick Mansfield expone el punto de vista de Foucault: “Subject does not come into the world with all its nature and scope encapsulated within itself in embryonic form. Subjectivity is made by the relationships that form the human context” (Mansfield 51-52). Tomando en cuenta este contexto, se podría decir que el individuo es un resultado de las normas y principios naturalizados por la sociedad y por la cultura a las que pertenece. Por lo tanto, el desarrollo de la identidad de un individuo, se

* (los nombres propios e identificadores personales han sido cambiados para asegurar la privacidad del informante)

encuentra en constante transformación y reconstrucción, debido a que la cultura misma es variable. Es decir, va cambiando de una generación a otra, no es estática. Esto se puede observar de manera particular en el caso de los hijos de los inmigrantes o de los hijos de familias mixtas debido a que estos notan esas diferencias generacionales al no identificarse o al no poder adoptar completamente la identidad de sus padres porque se identifican igualmente o mucho más con la cultura dominante del país o del grupo donde nacieron o migraron desde muy pequeños. Uno de los factores que está relacionado directamente con la cultura y con la construcción de la identidad y que juega un papel muy importante en la vida de un individuo es la lengua; puesto que es a través de ella que se transmiten las ideas, las tradiciones y los valores de una cultura. En su artículo “Trayectorias bilingües: los desafíos en la construcción de identidades entre inmigrantes hispanas”, Gloria Vélez Rondón, señala que:

El proceso de construcción de la identidad social es sumamente complejo e intrincado, máxime cuando éste tiene lugar en el umbral entre dos lenguas y dos culturas tan asimétricas. Aunque son muchos los factores que entran en juego en la construcción de la identidad, la lengua es sin duda alguna uno de los marcadores más salientes y visibles de la identidad social. La forma como hablamos nos identifica y nos diferencia como sujetos, posicionándonos frente al otro y determinando la imagen que el otro se hace de nosotros mismos (Vélez Rondón 164-165).

El relato desarrollado en esta narrativa de vida es la historia de Lucía, una chica de 16 años, la segunda de tres hijas de una familia mixta de padre candiense y de madre ecuatoriana, quien desde su nacimiento vivió en un pequeño pueblo de Ontario, donde la raza dominante era la blanca y por consiguiente, su familia era la única donde existía una diferencia étnica. Desde

muy pequeña, Lucía pudo notar esa diferencia: no era igual al resto de la comunidad que la rodeaba. Y en su intento por sentirse en armonía con el entorno dominante, a una temprana edad, Lucía le pide a su madre que no le hable en español. En su artículo “Hijas e hijos de inmigrantes: la mal llamada segunda generación” fruto de una investigación titulada “vivir entre dos culturas”, María Inés Massot Lafon expone que:

Los inmigrantes normalmente tienen un proyecto para la integración de sus hijos, si bien estos, los verdaderos protagonistas, adoptan totalmente los códigos locales y asumen el hecho de compartir sus elementos culturales. El desarrollo de la identidad cultural individual es un proceso de adaptación a las normas culturales, creencias, actitudes y valores que corresponde a un grupo cultural más que a otro, y las familias de inmigrantes suelen presionar a sus hijos para que adopten los suyos y paralelamente se integren en la sociedad de acogida (Massot Lafon 69).

Sin embargo, esto no sucedió en el caso de Lucía, puesto que su madre se da por vencida y opta por dejar de hablarle en español, a ella y a sus dos hermanas. Esta opción de la madre se puede ver sustentada en el artículo ya citado, donde se comenta sobre el modelo de dominación de Bordieu diciendo que: “el grupo simbólicamente dominado tiende a internalizar la valoración negativa que se hace de su lengua. Es decir, la lengua de prestigio es considerada superior porque tanto el grupo dominante como el subordinado así la perciben.” (Vélez Rondón 164). Además de lo expuesto, Lucía cuenta con una timidez esencial, lo cual hace que no se relacione mucho con personas fuera del ambiente familiar inmediato. Lucía no ve la necesidad de comunicarse en general debido a su personalidad introvertida; y mucho menos ve la necesidad de comunicarse en una lengua con la cual no se identifica. Tomando en cuenta que la cultura, y por consiguiente, la lengua de dicha cultura se aprenden interactuando con otros, no es difícil entender el porqué

Lucía no desarrolló ese sentido de identidad con la cultura de la cual proviene su madre. Es así como Lucía, en su niñez, debido al temor de ser diferente, crea una barrera entre sus dos culturas. Una barrera que más adelante se convertiría para ella en uno de los errores más grandes de su vida, dicho en sus propias palabras: “one of my biggest regrets is not accepting Spanish into my life, now I realize how much of a mistake it was to not have my mom to speak Spanish to me when I was younger” (Lucía, entrevista). Esta toma de consciencia empezó a los 6 años, cuando Lucía y su familia se mudaron a Toronto (una de las ciudades más multiculturales del mundo en ese entonces y ahora oficialmente clasificada por la ONU como tal en el 2015) y de esta manera empieza a relacionarse más con la familia de su lado materno, conformada por su abuelo, hermanos y hermanas de su madre, primos y primas y demás familia extendida. Por un lado, Lucía se da cuenta de que étnicamente se integraba mejor en esta ciudad: “I felt like everybody else. I guess there is not much culturally that changed since we moved here until now” (Lucía, entrevista). Sin embargo, pronto se daría cuenta de que a pesar de haber encontrado un lugar donde ella no resaltaba por ser diferente, ahora no se identificaba con el ambiente familiar conformado por la familia de su madre debido a que no hablaba el español. Y así, se vio víctima de comentarios y burlas en cuanto al hecho de no poder hablar la lengua que todos sus tíos y primos preferían hablar cada vez que se reunían. “All you guys all speak Spanish and I don’t know what the hell you’re saying” (Lucía, entrevista), le dice Lucía a Verónica, su hermana mayor, durante la primera entrevista en la cual estuvo presente. A diferencia de Lucía, la mayoría de sus primos dominan el español. A diferencia de Lucía, la mayoría de sus primos crecieron en un ambiente de padres y abuelos ecuatorianos, lo cual facilitó el aprendizaje y la conservación del español para ellos. Pero, Lucía no sólo nota ese reproche por parte de sus tíos y primos, sino también de gente de habla hispana fuera de su familia, como su dentista de raíces hispanas, por

ejemplo. Cabe resaltar que la hermana mayor de Lucía, Verónica, creció hablando español hasta los 4 años que estuvo bajo los cuidados de su abuela materna mientras sus padres trabajaban y estudiaban. Además, Verónica eligió tomar clases de español durante la escuela secundaria, pasó casi un año como estudiante de intercambio en España y luego decidió seguir la carrera de estudios hispánicos en la universidad. Mónica, la hermana menor de Lucía de 12 años, no habla español. La diferencia entre Lucía y sus hermanas es que sus hermanas son extrovertidas, mucho más sociables y no muestran la resistencia que muestra Lucía cuando se trata de adoptar las tradiciones culturales del país de su madre. Lucía proclama ser la más canadiense de su familia. Dicho en sus propias palabras: “I am definitely more on the Canadian side because first of all, I don’t even speak Spanish. I am not really in touch with that side of the family even though I am closer to my mother side, I feel really like I grew up here. So, I am not really in tune with the whole, with the same world Ecuadorians have” (Lucía, entrevista). Es evidente que Lucía se identifica más con la cultura dominante y hasta el momento no ha demostrado un interés profuso por aprender el español aunque dice que algún día le gustaría aprenderlo, pero ahora no es una prioridad para ella. Además, comenta: “I have my own different personality... I can’t really relate to anybody else because I don’t have any Ecuadorian friends, I don’t have any Hispanic or Latino friends. I’m pretty much, well in that aspect of it...I guess, I’m more Canadian than the rest of my family” (Lucía, entrevista). Lo cierto es que Lucía no ha sido capaz de encontrar un equilibrio entre las dos culturas que convergen en ella porque viviendo en una ciudad como Toronto y asistiendo a una escuela secundaria, es muy raro no encontrar personas con raíces latinas a no ser que uno no quiera. Así pues, se puede ver cómo Lucía muestra una fuerte resistencia a explorar sus raíces maternas sin prejuicios y eso le ha causado muchas frustraciones, contradicciones y conflictos en su vida. Un ejemplo claro del conflicto en el que vive Lucía por

vivir entre dos culturas, es lo que ella misma dijo cuando se le preguntó qué tradición cultural era la más importante para ella: La fiesta familiar que realizan una vez al año donde más de cincuenta personas entre familiares y amigos, todos ecuatorianos, se reúnen y celebran tradiciones propias de Ecuador. En sus propias palabras:

I guess is the family fiesta is pretty important. Because like, otherwise when are we all going to see each other. It's a good thing to keep, because I feel a lot of families don't do that and is like keeping us all together because we don't see each other very often because not all of us live in the same area. So having one weekend a year to come together, to have a party, it's great. I like that (Lucía, entrevista).

Además, cuando toca el tema de lo difícil que ha sido para ella el no haber aprendido el español, agregó: “not been able to speak to a lot of my family, not being completely like anybody else was a challenge.” (Lucía, entrevista).

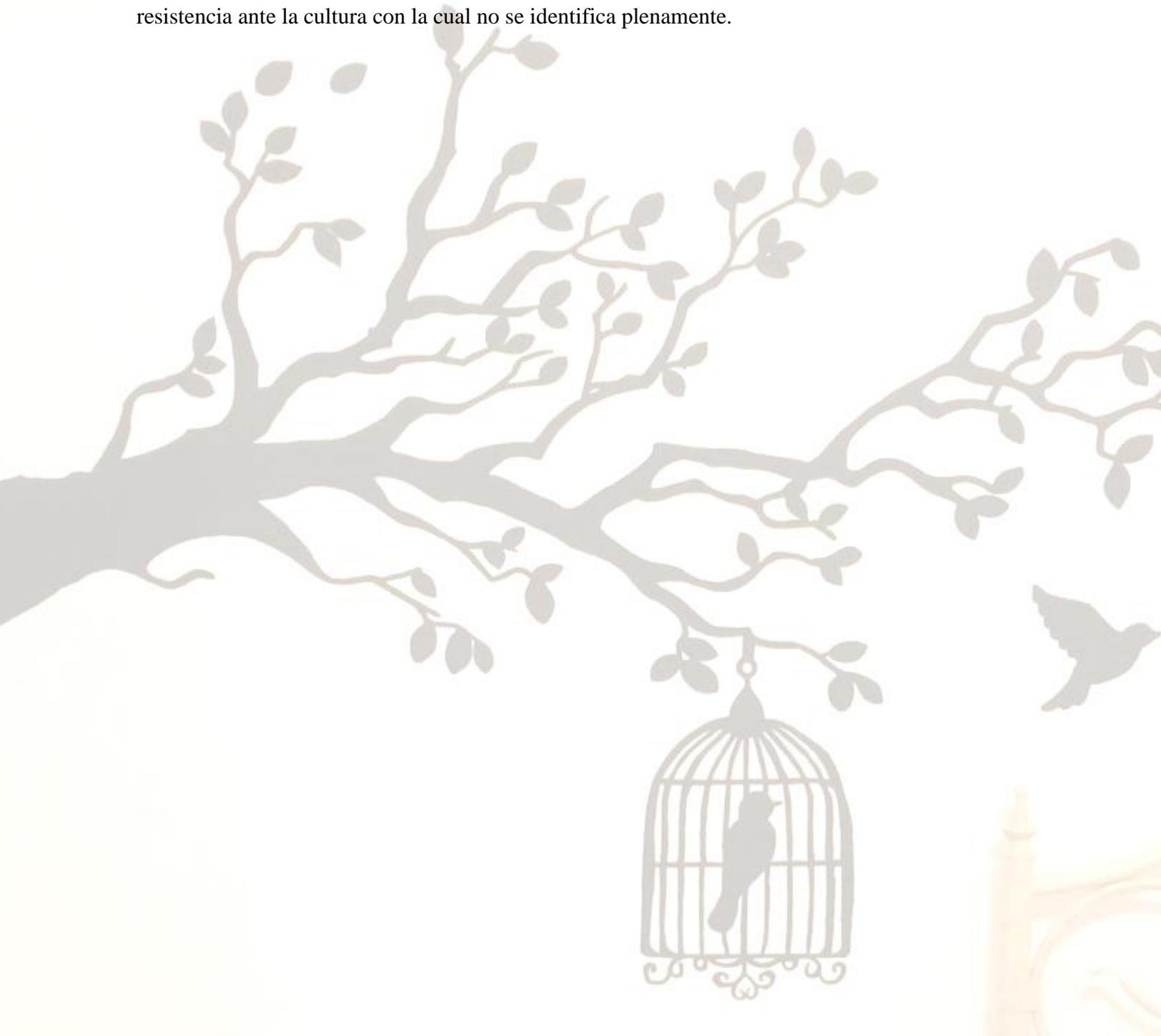
El caso de Lucía no es el único; es más, casi todas, si es que no todas, las familias de inmigrantes o familias mixtas pasan por una problemática semejante cuando crían a sus hijos en un país donde la cultura y el idioma son diferentes a los del país de origen. Para mí, este caso no es muy ajeno y por ese motivo me pareció interesante trabajar con Lucía durante este estudio etnográfico, porque vi una oportunidad de quizás entender y prepararme para futuros conflictos que mi hijo Joakim, quien ahora tiene 3 años, pueda afrontar. Y que de hecho, ya empezó a mostrar cada vez que se reusa a responder en español o cada vez que no quiere que le hable en español. Conflictos que a él como hijo de una familia mixta de padre canadiense y de madre peruana se le puedan presentar y conflictos que a mí, como madre inmigrante, se me puedan

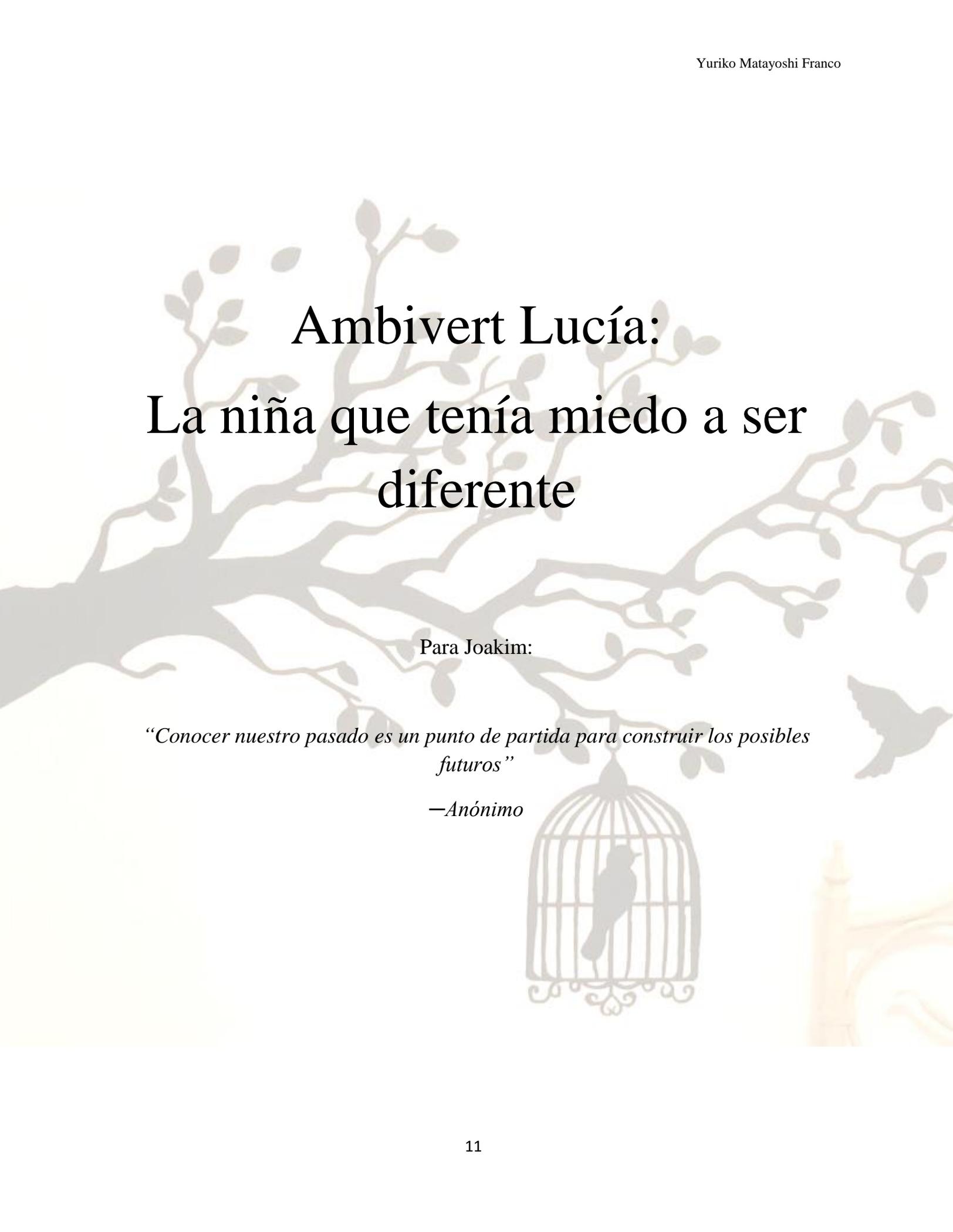
presentar al tratar de transmitirle la cultura y la lengua de mi país. Luego de la investigación realizada a lo largo de este proyecto, me quedó más claro que lengua y cultura están intrínsecamente unidas, y por lo tanto sin la enseñanza de una lengua no se pueden transmitir las tradiciones y valores de una determinada cultura. Además, pude comprender que los hijos de inmigrantes o de familias mixtas, son niños que nunca van a poder identificarse directamente con la cultura de origen del padre migrante, porque aparte de que existe una diferencia generacional, carecen de referencias que puedan permitirles identificarse completamente con la cultura de sus padres. Sin embargo, no todo está perdido y se puede encontrar un equilibrio basándonos en la perspectiva de que la identidad no es estática y que se puede reconstruir. Tal y como dice la autora del artículo “Hijas e hijos de inmigrantes: la mal llamada segunda generación”:

Cuando profundizamos en la noción de identidad, llegamos a la conclusión de que la cultura no puede entenderse como una imposición de identidades fijas, o como moldes que sellan un linaje, ni se puede considerar que las identidades son estáticas. La identificación con una cultura no disminuye la capacidad de las personas para identificarse con otras. La integración a una cultura comporta un proceso simultáneo de conservación, pérdida, transformación o creación de una nueva identidad (Massot Lafon 67).

Tomando en cuenta esta cita, se podría decir que el caso de Lucía es un caso de proceso de construcción de identidad en marcha. Es decir, que no está resuelto, que está abierto y que quizás nunca llegue a resolverse. Como también pueda ser que quizás, por el hecho de que Lucía esté pasando por una etapa difícil de su vida en diferentes aspectos (estudios, personalidad, búsqueda de identidad, etc.) este no sea el momento adecuado para que ella encuentre ese equilibrio entre las culturas que convergen en ella. Quizás más adelante ella pueda crearse una

nueva identidad, quizás pueda encontrar la manera de negociar sus culturas de una manera más satisfactoria y así aplacar esos conflictos que la frustran y la llevan a mostrar esa fuerte resistencia ante la cultura con la cual no se identifica plenamente.





Ambivert Lucía: La niña que tenía miedo a ser diferente

Para Joakim:

*“Conocer nuestro pasado es un punto de partida para construir los posibles
futuros”*

—Anónimo

Lucía es una chica de 16 años que tiene el poder de hacerse invisible.

En dos ocasiones pude ser testigo de sus desapariciones. La segunda vez sucedió luego de haber terminado la segunda entrevista que le hice en The Toronto Reference Library que está ubicada cerca a la intersección de las calles Yonge y Bloor. Les propuse a ella y a Verónica, su hermana mayor, ir a comer algo a un food court cercano puesto que ya eran más de las siete de la noche y acabábamos de terminar con casi tres horas de entrevista. Camino al food court, nos cruzamos con un compañero del colegio de Lucía y pude oír que Lucía le dijo a su hermana, quien iba conversando conmigo, que acababa de ver a alguien del colegio y que no le gustaba encontrarse con compañeros por la calle. Yo le pregunté por qué y dijo que simplemente no le gustaba, es más, que lo detestaba, me dijo. Llegando al food court, nos pusimos a ver los carteles del menú de cada restaurante y cuando volteé a preguntarles qué pensaban comer, Lucía había desaparecido. Le pregunté a Verónica dónde estaba Lucía y sonriente (siempre sonriente), me dijo “allá”, señalándome un muro casi a la entrada de la plaza, donde Lucía se ocultaba. Lucía acababa de ver a su profesor de matemáticas en uno de los restaurantes. Verónica me lo señaló y sí, efectivamente, había un hombre con una maleta que le cruzaba del hombro a la cintura, pagando a la cajera lo que había comprado. Al rato, volvió a aparecer Lucía. Verónica y yo decidimos lo que íbamos a comer y Lucía decidió comer lo que le había sobrado del colegio.

La primera desaparición ocurrió casi un mes antes de vernos en la biblioteca, el día en que la conocí y le hice la primera entrevista. Habíamos ido a un restaurante de sushi y cuando acabamos de comer Verónica dijo que iría a los servicios, entonces yo empecé a guardar mis cosas y cuando volteé, Lucía ya no estaba. Verónica ya me había advertido sobre la timidez de Lucía y ella misma se describió como *ambivert*. “It’s like both, introvert and extrovert. I’m only

extrovert when I'm with friends. I'm shy so, it takes me a while to start talking and then I can't stop", afirma muy convencida y tranquila.

Lucía nació en un hospital de Waterloo y vivió en un pueblo cercano a esta ciudad hasta los 6 años. Es la segunda de tres hijas de una familia mixta, de padre canadiense y de madre ecuatoriana. Su familia era la única en el pueblo en la que se podía observar una diferencia étnica. Todos sus amigos eran de raza blanca. Su padre, hijo de un inmigrante galés y de una inmigrante sueca nacido en un pueblo al sudoeste de Ontario, conoció a su madre (una ecuatoriana que migró a Canadá de niña), mientras él estudiaba cine y ella inglés en la Universidad de York, en Toronto. Verónica, fue criada por su abuela materna mientras sus padres trabajaban y estudiaban. Su abuela, a quienes ellas llaman cariñosamente "abuelita", le habló en español a Verónica todo el tiempo que estuvo bajo sus cuidados, hasta los cuatro años, que fue cuando se mudaron a un pueblo del oeste de Ontario por el trabajo de su padre. Lucía no corrió con la misma suerte de crecer hablando español. Cuando Verónica tenía diez años, nació Lucía, quien por un descuido de los doctores y enfermeras que atendieron a su madre durante el parto, casi muere de hipotermia por haberla dejado descubierta por un buen lapso de tiempo en la camita donde la pusieron apenas nació. La madre, por efectos de la anestesia, ni cuenta se dio. Pasado el incidente, madre e hija se recuperaron y así Lucía, sana y salva, llegó días después de nacida a vivir con su familia. Cuando Lucía tenía tres años, su abuelita falleció. Lucía fue la última persona a quien su abuelita habló antes de entrar en estado de coma para luego morir. Lucía lleva el nombre de su abuelita como segundo nombre –María–, y todos le dicen que se parece mucho a ella. A pesar de que Lucía tenía sólo tres años, ella asegura recordar ese momento. "She passed away when I was 3 years old, so I guess if she was still alive I would know much more Spanish, but..." Pero lo cierto es que Lucía no es capaz de iniciar ni mantener una conversación en

español porque de niña se reusó a que su madre le hablara en esa lengua. La verdad es que de niña, Lucía, “inconscientemente” (como ella dice), logró notar una diferencia: no era blanca, su cabello no era rubio y, en su casa, su madre le hablaba un idioma diferente al que ella oía hablar a los demás en el pequeño pueblo donde vivía. “I guess it was because nobody else was like me in the other town...” dice, sin pensarlo dos veces. Lucía no recuerda haber sido víctima de ningún comentario racista o de bullying por ser físicamente diferente al resto de sus amiguitos. Sin más remedio, la madre dejó de insistirle que hablara en español y así empezó a hablarles a sus tres hijas sólo en inglés. “My mom used to like, try and speak to me in Spanish and all but apparently I wouldn’t let her. She is always blaming me for not knowing Spanish and I’m like ‘mom is not my fault!’”. Culpable o no, algunos años más tarde, Lucía se daría cuenta del gran error que cometió al no dejar que el idioma de su madre forme parte de ella.

“And, how is your Spanish?”, le pregunto a Lucía, mientras ella disfrutaba comiendo el plato que había pedido (una variedad de nigirisushi de diferentes colores). “I don’t speak any, I don’t really speak Spanish”, responde sin duda alguna. “But you understand a little bit” dice Verónica rápidamente. “Yeah, a little bit, I understand. I can’t have a conversation.” Y siguió cogiendo sus coloridos trocitos de sushi con los palillos. Yo me había pedido una sopa que traía como acompañamiento un plato de tempura de verduras que se estaba enfriando por estar más concentrada en hacerle las preguntas a Lucía. Además, fue inevitable no pensar en Joakim, mi hijo de tres años, a quien le he hablado en español desde que nació y a quien su padre, su tío, amiguitos y maestras de la guardería le hablan en inglés. Desde el momento en que supe de Lucía cuando Verónica, quien es una de mis compañeras de la universidad, la mencionó en una clase, me dije —ella tiene que ser mi informante—. Estoy frente a una situación similar a la mía: una chica de 16 años nacida en Canadá, de padre canadiense y de madre latina. Quizás a través

de ella yo pueda encontrar una manera de entender mi situación, quizás a través de ella yo pueda aprender a aplacar esa inquietud que me ha estado rondando ya hace un buen tiempo, quizás a través de Lucía yo pueda entender a mi hijo ahora y quizás pueda ayudarlo más adelante, pensé. Joakim, al igual que Lucía, entiende el español pero casi no lo habla. Si yo le hablo en español, responde en inglés. Otras veces le hablo en español y responde: “what did you say mommy?”. La mesera interrumpe y pregunta si voy a seguir comiendo y le digo que sí, pero en verdad no. Se me había ido el apetito y le ofrecí a Lucía el resto del tempura que quedaba en el plato, el cual aceptó alegremente aunque no lo terminó. Ese día, Lucía venía de una entrevista de trabajo para desempeñarse como cajera en un supermercado. La habían aceptado y empezaría a trabajar en unos días. Verónica mencionó que su madre le había propuesto a Lucía darle dinero para que en vez de trabajar se dedique sólo a estudiar. Entonces, curiosa, le pregunto: “Why did you decide to look for a job?” A lo que me responde: “I don’t know. I just want money and everybody else has a job and it’s like I can’t just rely on birthday money or on what my mom gives me anymore... I just want to have my own money and I don’t have to ask them all the time. I want to save some money because I don’t want to live with my parents for ever” Ella dice que los 16 años es la edad en que todos empiezan a trabajar (en Canadá) y como ella está en esa edad, pues quiere hacerlo. Además de que es bueno para ganar experiencia. Una de sus amigas fue quien le habló sobre ese empleo porque ella también trabaja en el mismo supermercado. Es verdad, en Canadá, a diferencia de muchos países de Latinoamérica, los adolescentes empiezan el proceso de independizarse mucho más temprano. Si hubiera sido yo a su edad, quizás hubiera aceptado la propuesta de la madre sin mostrar ninguna resistencia. Aunque quizás yo, a la edad de Lucía y en mi país, no me hubiera visto en una situación similar. “Do you have friends outside school that are Spanish speakers?”, le pregunto. Y para mi sorpresa, tomando en cuenta de que estamos en

Toronto, “la ciudad más multicultural del mundo” según la ONU, me respondió que no, que no tenía ningún amigo de habla hispana. Lucía tiene tres buenas amigas, sus mejores amigas, las tres son nacidas en Canadá y son de raza blanca. Más que sus amigas, son sus confidentes y al igual que ella se estresan demasiado con los cursos que llevan en el colegio. Incluso cuando están fuera del colegio hablan de sus clases, de lo difícil que es este año escolar, etc. Cada vez que Lucía no sabe cómo resolver algún problema de matemáticas o de otra materia, prefiere recurrir a sus amigas o a Verónica para que le ayuden. “What’s your favourite subject?”, le pregunto. Sabía que entraba a un terreno un tanto escabroso al hacer esa pregunta porque Verónica ya me había comentado que Lucía se estresaba mucho con sus estudios. “I like art, pop culture”, responde inmediatamente. “And what’s your least favourite subject” continué preguntando. “I don’t like math. This year is the worst”, responde con cierta molestia y se puede ver el estrés que le causa este nuevo año escolar que está lleno de tareas y cursos que Lucía ve innecesarios para lo que a ella le interesa hacer que es la música y el arte. “I do love drawing and I do love painting and I love art and I love doing art but I don’t know what I can do with it. I also like music but I don’t know how to play any instruments right now”, comenta Lucía y se puede sentir la frustración que siente de no poder hacer lo que ella realmente quiere porque comenta que su colegio está más orientado a la ciencia que al arte, pero que ella no tuvo otra opción porque como está en un colegio de inmersión francesa, tiene que continuar ahí. “I’m not really enjoying my school right now because is really academic, like my school is very science, athletics and maths oriented. I wish I would have gone to an art school instead of my school”, dice Lucía con un aire de desilusión. Verónica la anima a que me muestre algo de su arte, el cual ella dice ser de “estilo realista” porque copia lo que ve: partes del cuerpo, obras de arte ya hechas, retratos, etc. A Lucía no le gusta que los profesores le digan en sus clases qué es lo que tiene que dibujar o pintar, ella

dibuja y pinta desde que se acuerda y le gusta hacerlo de forma autodidacta. Además, de niña aprendió a tocar el violín, pero tampoco le gustaba que le enseñaran, ella prefiere tocar melodías ya existentes, le gusta imitar. Lucía tiene talento para la música, puede tocar de oído. Me cuenta que dibujó un árbol en la pared de su cuarto. Entre las fotos que me muestra de sus obras, hay retratos de ella de cuando era niña y de adolescente, que copió de fotografías que tiene en casa. Me muestra otras fotos de un hombre fumando, retratos de su cantante favorito, caricaturas de personajes de cómics japoneses, etc.



El gran cambio de su vida ocurrió cuando Lucía tenía 6 años y se mudaron de regreso a Toronto porque su papá había sido despedido por su propio hermano de la empresa familiar que tenían cerca del pueblo donde vivían, y luego encontró un nuevo trabajo aquí en Toronto. Una nueva integrante de la familia los acompañaba esta vez, Mónica. Cuatro años menor que Lucía, lleva como segundo nombre el del pueblo donde nació y donde la familia vivió por muchos años. Para Lucía fue difícil adaptarse al principio. Se deprimió porque extrañaba a sus amigos y su

vida en el pueblo. Sin embargo, más adelante se daría cuenta de que algo había cambiado: “I wasn’t really conscious about it since I was so young, right? I guess now that I realise it’s all felt the same. I felt like everybody else, I saw more people that looked like me. I guess there is not much culturally that changed since we moved here until now”, comenta Lucía. Así pues, con este cambio, empezaría ese proceso de toma de conciencia de Lucía de pasar de tener miedo a ser diferente, a darse cuenta de que no pasa nada si eres diferente, no en Toronto. Es más, se da cuenta de que puedes ganar algo al ser diferente. Al mudarse a Toronto, se acercaron mucho más a la familia de su madre quienes viven en Toronto y sus alrededores, con excepción de un hermano menor de su madre que vive en Montreal. Al igual que Lucía, sus primos nacieron en Canadá, pero a diferencia de ella, la mayoría de ellos son hijos de padre y madre ecuatorianos y abuelos ecuatorianos. Al menos dos veces al año, toda la familia por parte de su madre: tíos, primos, abuelo, tíos abuelos, primos de segundo grado, etc, se reúne para celebrar juntos la Navidad y una reunión a la que ellos llaman “Family fiesta”. La relación con sus tíos no es muy cercana a pesar de que los ve más a menudo ahora que viven en Toronto. Ellos la han invitado a sus casas, pero siempre da la casualidad de que Lucía está muy ocupada o enferma. Lucía, con esa timidez esencial que la caracteriza, no es de hablar mucho ni con sus primos ni con sus tíos. Con su abuelo (quien vive a una cuadra de su casa) ni qué decir, simplemente no se comunica con él porque él no habla inglés y ella no ha hecho el suficiente esfuerzo por aprender el español para poder comunicarse con él. “I remember abuelito would always come and garden. I have never really been able to talk to him because I don’t speak Spanish and he doesn’t speak English. So, there is always being that kind of... like he would always be giving me like chocolates or money and stuff like that...” recuerda Lucía con cierta nostalgia. Su abuelo, fue alcalde de un pequeño pueblo donde vivían en Ecuador y mientras su familia vivió en Ecuador, mantuvieron

una clase socio-económica relativamente alta, a diferencia de aquí, clase media baja. Lucía dice que además aquí nadie los conoce. Cuando murió su abuela, el abuelo se casó con la prima de ésta quien estaba en Ecuador y se llamaba –María–igual que su difunta esposa, pero a los cinco años de casados se divorciaron y ahora el abuelo tiene una novia. Cada invierno, su abuelo se va de vacaciones a Ecuador para escapar del frío de Toronto.

Sus primos no tardarían mucho en hacer comentarios ya sea sobre la timidez de Lucía o sobre el hecho de que Lucía no hable español. Algo que desde hace un buen tiempo le ha hecho sentir excluida, frustrada y resentida. Porque, a pesar de que todos sus primos hablan perfectamente el inglés, prefieren hablar en español cuando están reunidos entre ellos.

—¡Qué lástima que Lucía no hable el español!

—¡Debería aprender a hablar español!

Son los comentarios que han hecho sus primos o tíos (a quienes ella califica como pasivo-agresivos) cada vez que se reúnen para navidad o para la fiesta familiar que hacen todos los años para celebrar Canada Day a la ecuatoriana. “It makes me kind of upset sometimes because it is quite awkward when a situation arises where it would be really convenient if I had the ability to speak Spanish but I can't so I feel kind of useless”, expresa Lucía en cuanto a lo que siente cada vez que sus familiares hacen ese tipo de comentarios. La tradición de la “Family Fiesta”, la empezaron hace como doce años. Más de cincuenta personas, entre familiares y amigos, se reúnen a pasar el fin de semana juntos. Todos ecuatorianos. Casi es como un requisito el ser ecuatoriano para ser parte de la fiesta. Lo celebran durante el fin de semana de “Canada Day”. Llevan un cerdo entero y lo cuelgan de un árbol y lo rostizan (su abuelo es quien se encarga de esa labor) y utilizan y comen toda la carne del cerdo durante los días siguientes. Hacen “fritada”,

un plato típico ecuatoriano a base de cerdo donde hierven la carne por varias horas en una olla grande. Luego hacen salchichas de la sangre. Las mujeres cocinan y los hombres toman cerveza. El tío José, hermano mayor de su madre, prepara ceviche al estilo ecuatoriano, le llaman “el ceviche máster”. Los chiquillos se reúnen, juegan cartas y conversan (en español, claro). Lucía no participa mucho en esos juegos o conversaciones. “All you guys all speak Spanish and I don’t know what the hell you’re saying” le dice Lucía a Verónica, luego de que ésta mencionara que Lucía incluso con la familia es tímida en esas reuniones. Rápidamente, Verónica, en un tono apaciguante como para calmar a Lucía, dice: “That’s true, but this year, Pedro (un primo) mentioned —oh my god, Lucía is coming out of her shell—” para denotar que Lucía se está relajando un poco más alrededor de sus familiares.

A pesar de todo, a Lucía parece gustarle mucho esa reunión que celebran una vez al año en el cottage de su tía, en un lugar al norte de Toronto donde por unos días todos reviven las costumbres e historias que los mantiene de cierto modo conectados con sus raíces. “I guess is the family fiesta is pretty important. Because like, otherwise when are we all going to see each other? It’s a good thing to keep, because I feel a lot of families don’t do that and is like keeping us all together because we don’t see each other very often because not all of us live in the same area. So having one weekend a year to come together, to have a party, it’s great. I like that”, dice Lucía refiriéndose a la reunión familiar como la tradición que más significado tiene para ella. Poco a poco, parece que Lucía empieza a apreciar las tradiciones culturales que le transmiten sus familiares. Sí, quizás su primo Pedro tenga razón, “Lucía está saliendo de su caparazón”.

A propósito de las tradiciones familiares, me responde que en su familia inmediata (sus padres y hermanas) no tienen muchas tradiciones y que en realidad no celebran los cumpleaños porque no les parece gran cosa a no ser que sea un “quinceañero”. Entonces le pregunté: “How

did you celebrate your “quinceañero” here?, curiosa por saber si había algo más que la relacionara a la cultura de su madre. “I didn’t do the traditional Ecuadorian one. I’ve been to my cousin’s party and they do the whole tradition with choreographed dances, the doll exchange and the shoe exchange...” A pesar de que en mi país, Perú, también se celebran los quinceañeros, eso del cambio de zapatos y de muñeca era algo que nunca había oído. Intrigada, le pregunto de qué se trata eso y me dice que es algo simbólico que representa el cambio de pasar de adolescente a ser una mujer ante la sociedad: A la quinceañera se le entrega un ramo de flores y ella deja ir su muñeca a cambio. Además, el cambio de zapatos consiste en entregarle a la quinceañera unos que tienen tacones altos y ella deja ir los zapatos sin tacones para dar a entender que ya es una señorita y no una niña. Quedé encantada, ¡puro cuento de hadas! Lucía continua: “So, I didn’t do that, I just had the party and that. I wore a dress but it wasn’t the traditional pink puffy gown, it was just simple, like blue and white dress. We didn’t do the whole traditional choreographed or father-daughter...”, se refiere al baile tradicional donde el padre baila con la hija (la quinceañera) delante de los invitados a la fiesta. “Quinceañeros are more like family based and sweet sixteen are more like friends...”, dice, comparando ambas tradiciones, con la diferencia de que las adolescentes lo celebran a los dieciséis años. Una vez más Lucía muestra esa resistencia, esa dificultad de poder darle sentido cultural a las herencias y a las tradiciones cuando se vive entre dos culturas o más. Ella no se identifica completamente con la cultura del país de su madre, pero no las rechaza tampoco, porque en cierto modo ya se dio cuenta de que forman parte de ella.

A los doce años, Lucía fue a pasar las fiestas navideñas a Ecuador con sus padres y su hermana menor, Mónica. Cada vez que van a Ecuador no tienen necesidad de alojarse en un hotel porque tienen familiares en muchas ciudades del país. Lucía recuerda que asistió a un desfile navideño al que describe como “extremadamente religioso” donde la gente bailaba y

adoraba al niño Jesús y a varias Vírgenes Marías. Lo que recuerda más claramente es el olor a incienso. Lucía dice que en el pueblo en que creció su mamá dan mucha importancia a la celebración de la navidad, pero sobre todo en el día de la Noche Buena. Algo típico en los países de Sudamérica, la celebración principal es el 24 de diciembre por la noche. Lucía piensa que su madre es muy religiosa y que de alguna manera eso ha causado algunos roces entre ellas, porque Lucía no se considera católica. “I don’t really know many of the values they have, based on my mother like they are definitely more religious and catholic than the modern Canadians citizens. So, yeah, I am definitely more Canadian in that way” y agrega: “I believe in uncertainty. I don’t believe necessarily in the same god that my mother believes in but I don’t necessary don’t believe...” La madre de Lucía le obligaba ir a misa con ella los domingos, pero eso se terminó el día de su confirmación. Luego de confirmarse, Lucía no volvió a ir a misa con su madre. Ahora, la madre va a misa con Mónica, su hermana menor. Lucía celebra Halloween en casa de sus amigas porque a su madre no le gusta la idea de celebrar Halloween. Se reúnen en la casa de alguien, ven películas de terror, comen muchos dulces y así pasan toda la noche y se quedan a dormir en la casa de la anfitriona. En la pascua, su familia no tiene la costumbre de ir a buscar huevos (egg hunting) porque de acuerdo a lo que dice su mamá no tiene nada que ver con Dios. Cuando Lucía sale con sus amigas, generalmente van a la casa de alguien a ver películas, a conversar, a escuchar música, a comer algo, pero casi nunca van de compras o a bailar. Antes de empezar el onceavo grado, cuando habían menos tareas, Lucía salía más con sus amigas, aunque ella nunca es de tomar la iniciativa y llamar o buscar a sus amigas, ellas la llaman y una vez que está con ellas, ella dice que es la más bromista de las cuatro y que siempre está haciéndolas reír. Verónica comenta que a su madre le gusta que Lucía sea casera, pero a veces está tanto tiempo sin salir que la mamá le tiene que decir —Please have friends!—. Últimamente Lucía está saliendo

más a conciertos con sus amigas. Prueba de ello es la cuenta de Facebook que tiene. En ella aparecen publicaciones de Lucía desde el año 2012. No hay muchas publicaciones, pero en las pocas fotos que tiene en ese año, lo máximo de “me gusta” que obtuvo fueron 8, el número de amigos que figura en su cuenta es de 259 personas, de las cuales la única que figura en la lista de “familiares” es Verónica. Generalmente las que ponen “me gusta” son sus tres mejores amigas, Verónica y una o dos personas más. Las fotografías que aparecen son de ella o de ella y su hermana menor o de ella con sus tres amigas. La popularidad de Lucía en Facebook en el 2013 fue casi la misma que el año anterior a ese. En el 2014 el máximo de “me gusta” alcanzan a ser 21 y recientemente que publicó una selfie, llegó al número más alto: 38. Lucía realmente está saliendo de su caparazón. Lucía tomó cinco años de clase de baile: ballet, jazz, etc. “No Latin stuff... I’ve always wanted to but I guess I never got around to it”, responde Lucía cuando le pregunto si sabe bailar salsa o algún tipo de baile latino. Lucía se considera la más canadiense de su familia porque no tiene amigos ecuatorianos o amigos hispanos en general.

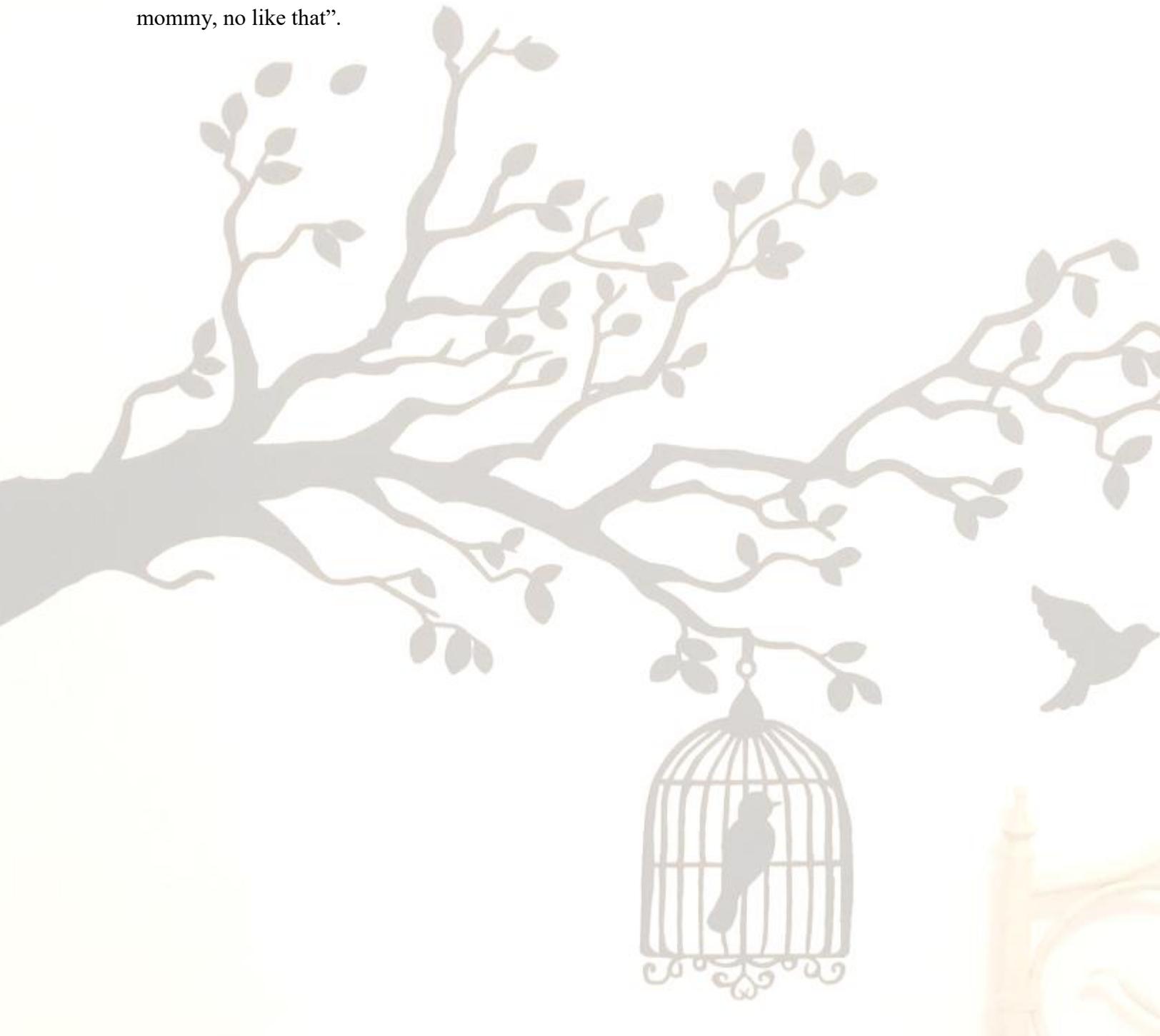
De niña siempre quiso ser cantante, luego veterinaria y ahora sólo quiere ser “feliz”. Al oír eso me conmoví. Es evidente que el estrés de los estudios y la presión de no saber qué va a hacer con su vida en el futuro la han llevado a tener momentos llenos de angustia y preocupación. Por el momento ella “sólo quiere graduarse del colegio y ser feliz, ser más positiva y más social”, repite. “Ser feliz”, repito yo en mi cabeza y trato de recordar si a esa edad yo me preocupaba por “ser feliz”. No, a esa edad yo no me preocupaba por ser feliz. A esa edad yo me gradué de la secundaria y quería estudiar medicina y empecé a prepararme en un instituto pre-universitario y sí, fui muy feliz porque hice nuevos amigos, salíamos a fiestas, bromeábamos y un día hasta me hicieron salir del salón de clase por el ataque de risa que me causó una broma que hizo un amigo. A esa edad yo era feliz, no me preocupaba por serlo. Nuevamente, es inevitable no pensar en

cuáles serán las preocupaciones que tendrá Joakim a esa edad, pero quizás sea mejor no adelantarse. Lucía describe como uno de los momentos más felices de su vida el haber aprendido a manejar bicicleta por sí misma cuando era niña. Esa satisfacción que le da el aprender algo sola, el ser independiente y hacer lo que ella quiera, es lo que le brinda felicidad.

Ya casi nos acercamos a las siete, hora en que teníamos que abandonar la cabina de estudios que habíamos reservado en la biblioteca y Lucía ya da muestras de estar cansada. Además, estaba recuperándose de un resfriado. Antes de finalizar, no podía dejar de hacerle la pregunta que pensé en hacerle desde antes de conocerla, la pregunta que quizás me dé algunas respuestas para el futuro: “How is it for you being a daughter of a Canadian and an Ecuadorian? Do you find it challenging sometimes or advantageous?”, finalmente le pregunto. “It is challenging in the sense of like... Oh yeah, one of my biggest regrets is not accepting Spanish into my life, now I realize how much of a mistake it was to not have my mom to speak Spanish to me when I was younger... that was a challenge, not been able to speak to a lot of my family, not being completely like anybody else was a challenge. Advantages would be being more culturally aware, I guess.” Responde Lucía y suspira como si se hubiera quitado un peso de encima. Una de sus metas es poder algún día aprender el español. No sabe cuándo porque por el momento está muy ocupada con sus estudios. Además quiere aprender a tocar guitarra, aprender a conducir, entre otras cosas.

Luego de despedirme de Lucía y de Verónica, en el tren de regreso a casa, iba pensando en lo que acababa de pasar en el food court y en lo que me había dicho Lucía en cuanto a lo difícil que había sido su vida por no haber dejado que su madre le hablara en español de pequeña. Confundida, acongojada y con la mirada fija en la nada, recordé la noche en que alistaba a Joakim para ir a la cama y, como de costumbre, cogí uno de sus libritos preferidos que está en

inglés, y se me ocurrió hacer una traducción a la vista al español. No había terminado la primera frase y en eso veo que Joakim levanta su cabecita, me mira con el ceño fruncido y me dice “no mommy, no like that”.



Pared del cuarto de Lucía¹



Esta pared en su cuarto refleja ese conflicto interno en el que vive Lucía. Ella se siente atrapada en su timidez, en esa resistencia a explorar y desplazarse libremente entre sus dos culturas. Ella es como ese pájaro en la jaula que quiere estar del otro lado, pero que aún no encuentra la manera de cómo hacerlo.

¹ Dibujo hecho por Lucía. Fotografía del dibujo que recibí al llegar a mi casa luego de la segunda entrevista.

6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Lafon, María Inés Massot. “Hijas E Hijos De Inmigrantes: La Mal Llamada Segunda Generación”. *Ábaco* 43 (2005): 67–78. *Jstor.Web*. 07 Apr. 2016.

Mansfield, Nick. *Subjectivity: theories of the self from Freud to Haraway*. Sydney: Allen & Unwin, 2000.

Vélez-Rendón, Gloria, and Gloria Velez Rendón. “Trayectorias Bilingües: Los Desafíos En La Construcción De Identidades Entre Inmigrantes Hispanas”. *Revista Internacional de Lingüística Iberoamericana* 5.2 (10) (2007): 163–176. *Jstor.Web*. 07 Apr. 2016.